



Cuida mucho de presentarte a Dios digno de aprobación, operario sin tacha, que maneja bien la palabra de verdad. (Timot 11-14)

A MIS MUY AMADAS SEÑORITAS CATEQUISTAS:

Por ser de la mayor autoridad y muy oportunas para el caso presente, quiero dar principio a esta carta que a todas os dirijo con las hermosas palabras del gran Apóstol San Pablo. Estando éste preso en Roma, escribió a las Iglesias una carta enérgica y llena de santa unción, en que entre otras cosas dice lo siguiente: *Os ruego, yo, el prisionero en el Señor, que andéis como conviene a la vocación con que habéis sido llamados ... Pues esto digo y requiero en el Señor, que no andéis ya como andan las otras gentes en la vanidad de su sentido, teniendo el entendimiento obscurecido en tinieblas, apartados del camino de Dios y entregados a la disolución y a las obras de toda impureza y avaricia... Vosotros no habéis aprendido así a Cristo... sino a despojaros del hombre viejo, que se corrompe según los deseos del error y a renovaros en espíritu y a vestiros del hombre nuevo que fue criado, según Dios, en justicia y santidad de verdad.* (Efesios IV).

Si San Pablo, amadísimas catequistas, pedía y requería a los cristianos, que no olvidasen el beneficio de la vocación al cristianismo y que por ser tales se apartasen de las demás gentes que andaban entregadas a las locas vanidades de la vida de sentidos. apartados de los caminos de santidad, dados a los placeres ¡con cuánto mayor motivo y razón podré y deberé yo rogaros, que andéis como conviene a la vocación con que habéis sido llamadas al elevado y privilegiado cargo de fervorosas catequistas, continuadoras de la divina misión del mismo San Pablo sus verdaderas colaboradoras, apóstoles como él? Altísima vocación es ésta, delicadísima misión, oficio dignísimo y trabajo trascendentalismo y de suma necesidad.

Por eso y a fin de cortar y extirpar por completo ciertas sensibles deficiencias que se observan entre varias de vosotras, os dirijo la presente protestando que la escribo mojado mi pluma en la divina caridad de Jesucristo.

Quiero ante todo, amadas catequistas y os ruego que meditéis, estudiéis y os deis perfecta cuenta de esta vuestra vocación, de esta misión, de este oficio que no le hay mejor en la tierra.

Este oficio impone al catequista *dos grandes mandamientos*.

El primero es: *Amar*. Amar sobre todas las cosas su catecismo y sus niñas, amarras con amor fuerte, constante, sacrificado, con amor de preferencia, de predilección y de sumo interés. La que así ama, no dejará su obligación por fútiles pretextos, por aparentes compromisos, por simples molestias de tiempo y mucho menos para asistir a espectáculos mundanos y peligrosos. Más fuerte que todo eso es el verdadero amor. De este amor, como de su propia fuente, nacen el celo, la fidelidad, la constancia, la puntualidad, etcétera.

El segundo mandamiento es; *El ejemplo*. La primera lección que aprende una niña, no la aprende del libro; la primera lección de la niña es la misma catequista. Sin querer o sin darse cuenta, está la catequista repitiendo siempre: *Aprended de mí*. La catequista es un libro, un álbum de cuadros vivos, es un lienzo de proyecciones, donde a la vista de la niña aparecen, o bien un sagrario, la comunión, el retiro, la soledad, la modestia, la humildad, la pureza de la catequista o bien una Kursaal, un Casino, un espectáculo, un baile, el lujo, la

vanidad, los perfumes, la desnudez, la inmodestia de la catequista. Y la niña será instruida y catequizada conforme sea este libro viviente, este álbum, este lienzo, esta catequista.

Muy sensible y dolorosa es para mí la confesión que voy a hacer, pero me la pide a gritos mi conciencia y debo hacerla aquí. Contra los mandamientos que acabo de indicar, existen tres caídas. Hay catequistas que no aman su catecismo, ni aman sus niñas, ni siquiera las conocen; y hay catequistas cuyo comportamiento, y vida no son ejemplo muy edificante que digamos. Hay catequistas que por una nonada dejan su asistencia y hay quienes por su vida demasiado derramada y mundana, no son libros muy recomendables para las niñas. Estas caídas, amadas catequistas, son manchas que afean sobremanera nuestro gran catecismo y es preciso evitarlas,

A este fin, yo os invito con sumo interés y empeño, a que repaséis estos dos mandamientos y veáis si tenéis suficiente fuerza de voluntad y generosidad para cumplirlas. Preferible es (y estoy dispuesto a ello) reducir el número de instructoras, antes de condescender con ciertas libertades que no dicen bien con esta misión.

Todas las señoritas que, conformes con lo expuesto, quieran continuar siendo catequistas, deberán pasarme aviso antes del día 24 del corriente y solo éstas entrarán en el nuevo curso, que comenzará el día 1.º de Octubre.

¡Catequistas, catequistas! Por la gloria de Jesucristo, por la gloria de la Religión, por la salvación de tantos niños y niñas, por el bien de nuestro pueblo, sed catequistas; pero sed verdaderas catequistas, sed catequistas de Jesús.

Vuestro affmo. DIRECTOR.



Antonio Alvarado

14-Septiembre-1922.